

# Relatos sobre el surgimiento del giro afectivo y el nuevo materialismo: ¿está agotado el giro lingüístico?



Mariela Solana

Universidad Nacional Arturo Jauretche- Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

Recibido en enero de 2017; aceptado en abril de 2017

## Resumen

El objetivo de este artículo es analizar el modo en que el nuevo materialismo y el giro afectivo dan cuenta de su propio surgimiento en una serie de relatos fundacionales que toman como antagonista principal al giro lingüístico y/o al construccionismo social. En estas narraciones se sostiene que el problema de las teorías que privilegian al análisis discursivo y cultural –entre las que se suele incluir a la teoría feminista y *queer*– es que sobrestiman la importancia del lenguaje al mismo tiempo que malinterpretan la naturaleza de la materia. Este artículo examina los mecanismos textuales que permiten legitimar estas nuevas comunidades intelectuales a partir del distanciamiento y la exageración de los males del pasado. Lo que se intentará demostrar es que, para lograr su cometido, estos relatos despliegan una serie de vicios narrativos y problemas conceptuales que el presente escrito pretende discutir.

### Palabras clave

Nuevo materialismo  
Giro afectivo  
Giro lingüístico  
Construcción social  
Teoría feminista

## Stories about the Emergence of the Affective Turn and New Materialism: Is the Linguistic Turn Exhausted?

### Abstract

The goal of this article is to examine the ways in which the so-called new materialism and affective turn have given an account of their own emergence in a set of foundational stories that portray the linguistic turn and social constructionism as their main antagonists. These narratives claim that those theories that privilege the discursive and cultural analysis –like feminist and queer theory– are problematic because they overestimate the role of language at the same time that they misinterpret the nature of matter. This article examines the textual mechanisms that are used to legitimize these new intellectual communities by exaggerating the evils of the past. What I will try to show is that, in order to do this, these narratives deploy a set of narrative vices and conceptual problems that this paper seeks to discuss.

### Keywords

New Materialism  
Affective Turn  
Linguistic Turn  
Social Construction  
Feminist Theory

## Introducción

Es un lugar común en los relatos sobre el surgimiento del nuevo materialismo y del giro afectivo afirmar que estas formas de aproximarse al cuerpo y los afectos nacen en respuesta a las limitaciones del giro lingüístico y el construccionismo social. Lo que se propone en estas narraciones es que es hora de dejar de analizar la materia, el cuerpo y los afectos únicamente como *efectos del discurso* o como *representaciones lingüísticas*. Esto es así ya que la dimensión material tiene un dinamismo propio y una capacidad de auto-creación que resiste y excede las imposiciones de las normas culturales y los significados verbales. Es justamente este exceso y autonomía lo que las aproximaciones previas no conseguían entender cuando caracterizaban al cuerpo y las emociones meramente como producciones culturales, sociales o discursivas. Si bien la crítica suele alcanzar a las humanidades y las ciencias sociales, en general, muchas veces los blancos específicos son la teoría feminista y la teoría *queer*. Esta crítica es formulada, incluso, por autoras que se consideran parte del feminismo y de los estudios *queer*.

El objetivo de este artículo es poner en discusión el modo en que el nuevo materialismo y el giro afectivo dan cuenta de su propio surgimiento en una serie de relatos que toman como adversario teórico al giro lingüístico o al construccionismo social.<sup>1</sup> Mi interés particular es criticar algunos de los mecanismos textuales y desarrollos conceptuales que se repiten en varias de estas narraciones. Como se verá, en estos relatos, se justifica la necesidad de crear nuevos modos de pensar el cuerpo y los afectos a partir de la deslegitimación de las aproximaciones previas. Lo que buscaré demostrar es que, para lograr su meta, estos relatos se apoyan en una serie de *vicios narrativos* que debemos revisar y abandonar. Además de cuestionar estos vicios, el artículo pone en discusión algunos problemas conceptuales que aparecen en estas narraciones cuando se emplean nociones como “construcción social”, “realidad” y “ciencia empírica”. Mi objetivo último, no obstante, no es rechazar los aportes del nuevo materialismo y el giro afectivo sino, por el contrario, imaginar nuevos modos de tramar la historia de estos campos emergentes que, en lugar de obturar, habiliten el diálogo con las perspectivas lingüísticamente informadas del feminismo y la teoría *queer*.

Cabe aclarar que la gran mayoría de las autoras que se mencionan en este artículo han formulado teorías complejas y sólidas sobre la materia y los afectos pero no es mi interés, por lo menos en estas páginas, realizar un análisis detenido de cada uno de sus aportes. Mi meta no es adentrarme en las profundidades de estas nuevas teorías sino detenerme en la antesala narrativa que precede y enmarca sus contribuciones. Es decir, quisiera estudiar cómo y por qué estas teorías ofrecen un relato rupturista sobre el pasado reciente de las humanidades y las ciencias sociales para justificar su propio proceder teórico.

El artículo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, se explicita la metodología que se utiliza a lo largo del escrito; en segundo lugar, se presenta una breve introducción a cómo el giro afectivo y el nuevo materialismo caracterizan sus objetos de estudio; en tercer lugar, se pasa revista a los mecanismos textuales que apuntalan estas narraciones de origen; en cuarto lugar, se critican los vicios narrativos y los problemas conceptuales presentes en estos relatos; finalmente, en las conclusiones, se hace un resumen de los desarrollos presentados y se sugieren algunos lineamientos para facilitar una alianza entre el nuevo materialismo y el giro afectivo, por un lado, y las perspectivas lingüísticamente informadas de feminismo y la teoría *queer*, por el otro.

## I. Historias que importan

Este artículo está inspirado en la metodología presentada por Clare Hemmings en el libro *Why Stories Matter*. Allí, la autora examina cómo la teoría feminista narra la

1. Es importante aclarar que éste no es el único tipo de relato posible. Hay autoras que traman la historia reciente de las humanidades y ciencias sociales resaltando las deudas, influencias y contaminaciones entre las distintas tradiciones en lugar de buscar trascender un enemigo en común. Cfr. Ahmed (2014); Cvetkovich (2012); Macón, Solana (2015).

historia de su pasado reciente. Como su título lo indica, la tesis del libro es que estas historias *importan* ya que revelan significados latentes sobre cómo se entiende el género, la teoría feminista y su institucionalización. Su metodología es polémica y original. Dado que su objeto de estudio son las narraciones dominantes que circulan y se reproducen de forma casi automática e inconsciente en varios textos feministas, sus fuentes no son los libros especializados en historiografía feminista. Por el contrario, ella trabaja con toda una serie de fragmentos que aparecen en artículos de revistas académicas que aluden, casi al pasar, al pasado reciente de la teoría feminista. En lugar de citar autoras con nombre y apellido, Hemmings cita la revista y el año del fragmento que analiza. Su fin no es cuestionar una pensadora o teoría particular sino poder capturar cierto sentido común sobre el pasado reciente feminista. Por ejemplo, utiliza citas que comienzan con expresiones como “como todxs sabemos” o “todxs podemos acordar que x sucedió” (Hemmings 2011: 16).<sup>2</sup>

2. Todas las traducciones del inglés al castellano fueron realizadas por la autora de este artículo.

Según Hemmings, hay tres tipos de relatos que se invocan para dar cuenta del pasado reciente de la teoría feminista: uno que resalta los progresos, uno que enfatiza las pérdidas y otro que propone un retorno. Las narrativas progresivas celebran que, con el advenimiento del feminismo interseccional y postestructuralista, la categoría “mujer” dejó de ser considerada un todo homogéneo para pasar a convertirse en un concepto disputado. Las narrativas de la pérdida lamentan que esta fragmentación del sujeto-mujer esté despolitizando al movimiento. Finalmente, las narrativas del retorno sostienen que, a pesar de que perdimos el rumbo, si combinamos la diseminación postestructuralista con la importancia de atender a las condiciones materiales y a las injusticias sociales estructurales, podremos recuperar el proyecto feminista original. A pesar de sus diferencias, todas estas narrativas comparten una estructura en común: dividen el pasado en décadas claras y homogéneas y le adjudican, a cada una de ellas, una teoría particular que domina al resto (por ejemplo, se asume que la hegemonía del marxismo dio lugar a la deconstrucción, la cual dio lugar al nuevo materialismo).

La autora se detiene en dos tácticas textuales que se utilizan para tramar estos relatos: la selección de citas y la movilización de afectos. Todas estas narraciones hacen una elección de a quiénes citar y a quiénes no citar como evidencia de la historia narrada así como también emplean ciertos recursos retóricos para forjar una comunidad afectiva con el lector (pueden adoptar un tono celebratorio, expresar incomodidades, lamentos, etc.). El análisis metanarrativo de Hemmings permite comprender la dimensión política de estos relatos: “el tipo de historias que contamos sobre el pasado siempre está motivada por la posición que uno ocupa o desea ocupar en el presente” (Hemmings 2011: 13).

Inspirada en la propuesta de Hemmings, mi meta en este artículo es explorar cómo se trama el pasado reciente de las ciencias sociales y las humanidades en las narraciones que dan cuenta del origen del nuevo materialismo y el giro afectivo. Mi interés también recae en aquellas alusiones al pasado que se repiten y circulan en varias de estas narraciones casi como un sentido común disciplinar. Estas narraciones no son inocentes: en ellas se articulan sentidos profundos sobre cómo se desarrolló la teoría crítica, quiénes entran y quiénes quedan afuera de la misma, cuáles son las perspectivas hegemónicas en cada momento y, finalmente, cómo el pasado permite comprender las urgencias del presente e imaginar un futuro diferente. Si bien en este artículo sí se citarán sujetos con nombre y apellido, como señalé en la introducción mi meta no es atacar sus teorías particulares sino detenerme en cómo caracterizan, muchas veces sin demasiada elaboración, a sus adversarios teóricos. Lo sorprendente, de hecho, es que esta caracterización peca de un nivel de simpleza que choca con la sofisticación teórica que muchas de las autoras analizadas despliegan cuando exponen sus propias teorías.

Al igual que sucedía con los relatos sobre la teoría feminista, en estas narraciones fundacionales nos encontramos con una política de la historia que le da sentido al

pasado en virtud de las necesidades presentes. Como se verá, estos relatos justifican el surgimiento del nuevo materialismo y del giro afectivo apelando a cierto agotamiento y anacronismo de los modelos previos. Estos modelos –“giro lingüístico”, “construccionismo radical”, “giro culturalista”, “textualismo”, etc.– son presentado como enfoques no solo insuficientes sino inadecuados para los tiempos que corren. Para producir este consenso, las políticas de citas y los afectos movilizados son centrales.

Como la meta de este artículo es analizar las narraciones dominantes sobre el nuevo materialismo y el giro afectivo, se utilizará como insumo principal fragmentos que aparecen en las primeras antologías y compilaciones al respecto. Además, se incorporarán citas de reseñas críticas sobre estos campos así como de artículos y capítulos de libros que versan no tanto sobre autores particulares sino sobre el cambio de paradigma que estos nuevos estudios prometen.

## II. Una nueva ontología de los afectos y la materia

En esta sección, se hace una breve reconstrucción de qué se entiende por “giro afectivo” y “nuevo materialismo”. Si bien se comienzan a utilizar estos títulos recién a fines del 2000, sus orígenes suelen remontarse a mediados de la década del 90 cuando aparecieron una gran cantidad de publicaciones que mostraron un interés renovado por estudiar el papel de los afectos, las emociones y la corporalidad en la constitución del sujeto y su entorno. Ambas corrientes se presentan a sí mismas como campos interdisciplinarios que incluyen trabajos provenientes de la filosofía, la teoría social, la cibernética, la geografía, la teoría de género, la estética, las neurociencias, la psicología, entre otras disciplinas. Es por eso que es preferible hablar del giro afectivo y del nuevo materialismo como condensaciones de intereses, como tendencias generalizadas o como campos emergentes porque de ninguna manera quienes se agrupan bajo estos rótulos forman una escuela de pensamiento homogénea. Lo que sí une es un interés por poner en primer lugar dimensiones que, a su entender, fueron relegadas por la historia del pensamiento occidental: las emociones, lo corporal, la materia, los afectos. Ambos campos suelen rechazar no solo el dualismo mente-cuerpo y razón-pasión sino, fundamentalmente, la jerarquía del primer término por sobre el segundo.

3. Cfr. Koivunen (2010).

A esta altura cabe hacer una aclaración sobre las diferencias y similitudes entre estos dos campos. Mientras que en algunas publicaciones se sostiene que el giro afectivo es parte del nuevo materialismo,<sup>3</sup> en este artículo se marca una diferencia entre ambos por una cuestión de especificidad. A pesar de que el giro afectivo hace referencias constantes al cuerpo y la materia, su interés inmediato es pensar la producción de afectos, emociones y sentimientos. El nuevo materialismo suele ofrecer reflexiones sobre cuestiones afectivas pero abarca temas que las exceden. Sin embargo, existen varios elementos que justifican analizar estas dos corrientes al mismo tiempo: ambas intentan ofrecer una nueva ontología del cuerpo y su entorno, ambas rechazan el pensamiento dicotómico, ambas consideran que priorizar la razón y el pensamiento por sobre las dimensiones somáticas es contraproducente. Una de sus similitudes más relevantes –y el criterio principal que guía este artículo– es que, a menudo, ambas se presentan a sí mismas como una respuesta a las limitaciones del giro lingüístico y el construccionismo social. Claramente, no todas las autoras que suelen asociarse a estas corrientes rechazan las contribuciones de las perspectivas lingüísticamente informadas (basta nombrar a Sara Ahmed o Ann Cvetkovich). No obstante, en las introducciones a las antologías más importantes sobre el giro afectivo y el nuevo materialismo, prima una narrativa disruptiva respecto al construccionismo y los análisis culturales de la materia.

Comencemos con el análisis específico del giro afectivo. Una primera pregunta que podríamos hacer es qué se entiende por afectos y cómo se los caracteriza. Según Ix

editorxs de *The Affect Theory Reader*, una de las primeras compilaciones sobre el tema, “afecto es en muchas formas sinónimo de fuerza o fuerzas de encuentro” (Gregg, Seigworth 2010: 2). Estas fuerzas, a menudo también llamadas intensidades, potencias o capacidades, se experimentan en el cuerpo pero no nacen ni del cuerpo ni del entorno sino del encuentro entre ambos: “el afecto marca la pertenencia del cuerpo a un mundo de encuentros” (Gregg, Seigworth 2010: 2). Los afectos permiten entender tanto el carácter abierto del cuerpo como su constante devenir en virtud del contacto con otros cuerpos, humanos y no humanos. Los afectos, así, son entendidos como la capacidad de los cuerpos de afectar y ser afectados.<sup>4</sup> En tanto fuerzas corporales, son aquello que puede movilizarnos a actuar o, por el contrario, suspender o inhibir nuestra acción (su función no está establecida *a priori*). Su contenido político tampoco es anticipable: así como es posible manipular afectos con fines conservadores, muchos textos del giro afectivo prefieren detenerse en aquellos afectos que exceden o transgreden las normas culturales.<sup>5</sup> De hecho, se afirma recurrentemente que hay algo impredecible de los afectos que impide que sean leídos como el resultado de fuerzas sociales determinadas.<sup>6</sup>

4. Cfr. Gregg, Seigworth (2010: 2); Pile (2010: 8).

5. Cfr. Sedgwick (2003); Massumi (2002). Una excelente crítica a esta búsqueda de transgresión se encuentra en Hemmings (2005)

6. Cfr. Coole, Frost (2010: 14); Wissinger (2007: 232).

Ahora bien, cuando hablamos de afectos no nos referimos a cualquier tipo de fuerzas. Se trata de “fuerzas viscerales por debajo, junto o generalmente *diferentes al* conocimiento consciente, fuerzas vitales que insisten más allá de las emociones” (Gregg, Seigworth 2010: 1). La caracterización de los afectos por vía negativa (i.e. decir qué no son) es una estrategia recurrente entre sus pensadorxs. En muchos textos –aunque se trata de un tema disputado– se enfatiza que afecto no es sinónimo de emoción. Como afirma Elspeth Probyn, “una distinción básica es que la emoción refiere a una expresión cultural y social mientras que los afectos son de una naturaleza biológica y fisiológica” (Probyn 2005: 11). Los afectos, en tanto resultado de la experiencia sensorial, son fenómenos no-conscientes y no-verbales y solo adquieren un contenido semántico cuando se convierten en emociones, es decir, cuando se los codifica y narrativiza según normas sociales y culturales existentes. Varios escritos retoman la siguiente fórmula de Brian Massumi: aunque los afectos se vuelvan emociones por medio del lenguaje, siempre queda un “resto autónomo que nunca será consciente” (Massumi 2002: 30), a este exceso lo llamamos *afecto*.<sup>7</sup> Los afectos exceden las convenciones culturales, son pre-conscientes y remiten a intensidades no estructuradas por las normas sociales. Los afectos nunca pueden ser completamente traducibles ni representables por el lenguaje porque poseen una dinámica y una vida propia que son autónomas respecto a los sistemas de significación.

7. Cfr. Clough (2007: 2).

No todxs lxs autorxs del giro afectivo recuperan esta división entre afectos y emociones. Un caso claro es el de Sara Ahmed, quien ha señalado que para ella no existen dos reinos autónomos: lo discursivo, consciente, cultural y mediado versus lo fisiológico, no-consciente, pre-social e inmediato.<sup>8</sup> Ahmed resalta que esta división no remite a dos universos separados sino que la separación es el resultado de una operación teórica del giro afectivo: “podés romper un huevo y separar la yema de la clara pero tenés que separar lo que no está separado. La separación es una actividad, no un sustantivo” (Ahmed, Schmitz: 2014: 98). El problema es pensar que la separación existe en el mundo en lugar de reconocer que se la está inventando. Las autoras que se niegan a dividir entre afectos y emociones –como Ahmed, Brennan y Cvetkovich, entre otras–<sup>9</sup> suelen ser aquellas que no reniegan del giro lingüístico y la teoría cultural sino que se consideran sus continuadoras.

8. Cfr. Ahmed, Schmitz (2014: 97-98).

9. Cfr. Ahmed (2014); Brennan (2004); Cvetkovich (2012); Macón, Solana (2015).

Para avanzar al nuevo materialismo, podríamos comenzar afirmando que éste también se hace eco de la caracterización del análisis discursivo y cultural como insuficiente a la hora de pensar la materia. Como señalan Rick Dolphijn e Iris van der Tuin, quienes editaron *New Materialism: Interviews & Cartographies*, el nuevo materialismo busca “no privilegiar el lado de la cultura” (Dolphin, van der Tuin 2012: online)

focalizándose, más bien, en lo que Donna Haraway denomina “naturalezaculturas” [*naturecultures*]. Elizabeth Grosz, otra figura asociada a este campo, remarca que es necesario que “retornemos, o inventemos de nuevo, los conceptos de naturaleza, materia y vida” (Grosz 2004: 2) que fueron eclipsados por nociones como cultura, poder y discurso. Según Diana Coole y Samantha Frost, las compiladoras de *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics*, el primer compendio al respecto, de lo que se trata es de formular una nueva ontología, posthumanista y vitalista, que tome en serio la capacidad agéntica y los poderes generativos de la materia en general, tanto orgánica como inorgánica, tanto animada como inanimada. Como señalan las editoras, “los nuevos materialistas enfatizan la productividad y resiliencia de la materia” (Coole, Frost 2010: 7) en lugar de privilegiar el análisis de cómo la sociedad manipula y representa la materia. Myra Hird ejemplifica esta actividad de la materia señalando que nuestro cuerpo se reproduce a sí mismo constantemente y de forma inconsciente, en un acto de *autopoiesis* cuyo resultado es la renovación del 98% de nuestros átomos todos los años.<sup>10</sup>

10. Cfr. Hird (2004: 230).

En la introducción a *New Materialisms*, se despliegan una serie de notas del nuevo materialismo que permiten entrever cuál es la especificidad de esta corriente. Las editoras parten de una paradoja que, a mi entender, es bastante sintomática de sus desafíos teóricos: para ocuparnos de algo material, tenemos que recurrir, necesariamente, a algo inmaterial (i.e. pensamientos, conceptos, lenguaje, imaginación, valores, etc.).<sup>11</sup> Así, cuando intentamos hablar de la materia, nos distanciamos de ella. Si bien el nuevo materialismo –al igual que el giro afectivo– se piensa a sí mismo como una crítica radical al pensamiento dicotómico, esta colisión entre lo material y lo inmaterial, entre el cuerpo y el lenguaje, se escurre constantemente en sus reflexiones. Un segundo elemento que caracteriza al nuevo materialismo es su interés por evadir la jerarquía entre lo material y lo inmaterial. Según las editoras, la materia suele ser considerada algo menor, más bajo, menos importante que su contraparte inmaterial, ya sea la mente, el pensamiento, los conceptos. Otro elemento que aparece en esta introducción es la reivindicación de las ciencias naturales como un método apropiado para formular la nueva ontología de lo material. De hecho, y considerando que el materialismo no es algo nuevo, las editoras señalan que lo que sí representa una novedad respecto a materialismos previos, como el marxista, es la incorporación de los avances científicos del siglo XX y XXI (paradigmáticamente, la teoría del caos, la física cuántica y la neurociencia). Las nuevas producciones científicas permiten entender a la materia como parte de una naturaleza compleja, inestable, frágil, mutable y dinámica. Esta celebración de las ciencias naturales como recurso para repensar la materia es un rasgo que se repite no solo en esta compilación sino también en libros de autoras fundamentales como Elizabeth Grosz y Elizabeth Wilson.<sup>12</sup>

11. Cfr. Coole, Frost (2010: 1-2).

12. Cfr. Grosz (2004); Wilson (2015).

Para resumir, la tesis principal del nuevo materialismo es que la materia es activa, resiliente y capaz de auto-organizarse y auto-crearse, incluso a contrapelo de las restricciones sociales. Este dinamismo se da no solo en los cuerpos humanos sino en toda materia, orgánica e inorgánica. Como conclusión, es incorrecto concebir a la materia como una mera construcción social. El punto es dejar de pensar a los cuerpos como efectos del lenguaje y empezar a “considerar a la materia por derecho propio [*in its own right*]” (Hird 2004: 223). El cuerpo, como los afectos, es mucho más que sus representaciones discursivas y, para poder capturar ese exceso, es necesario superar la mirada construccionista que dominó la teoría crítica hasta ahora.

### III. El agotamiento del giro lingüístico

En gran parte de las narraciones sobre la emergencia del nuevo materialismo y el giro afectivo, se presenta una imagen del tipo de adversario teórico que es necesario

superar, corregir o complementar. Este adversario suele ser denominado “giro lingüístico” (Barad 2003: 801; Gregg, Seigworth 2010: 7), “giro cultural” (Barad 2003: 801; Coole, Frost 2010: 3), “giro semiótico” (Barad 2003: 801), “giro interpretativo” (Barad 2003: 801), “construccionismo social” (Gregg, Seigworth 2010: 7), “constructivismo radical” (Coole, Frost (2010: 3), “crítica posmoderna” (Wissinger 2007: 231), etc. Lo que unifica a todas estas denominaciones es su insistencia en estudiar la materia y/o los afectos ya sea como representaciones discursivas, ya sea como el producto de agencias sociales. Según estos relatos, en lugar de estudiar la materia “por derecho propio” (Hird 2004: 223) o “darle a la materia lo que le corresponde [*its due*]” (Coole, Frost 2010: 7), estos análisis se reducen a analizar “cómo los seres humanos (como lxs científicxs) interactúan con la materialidad, como si no hubiera un afuera o más allá del contexto cultural” (Hird 2004: 224). El problema es que “[e]l lenguaje importa. El discurso importa... lo único que parece ya no importar es la materia” (Barad 2003: 801). El cuerpo es interesante solo “por cómo es reflejado en el discurso, por su constitución en la representación o por su mediación a través de imágenes” (Grosz 2004: 3).

Estos relatos de origen presentan un diagnóstico similar sobre la situación actual del mundo académico. Algunos alegan que el giro lingüístico “domina las humanidades y las ciencias sociales actualmente” (Grosz 2004: 3). Pero esta imagen del giro lingüístico como un enfoque hegemónico y “proclamado” (Gregg, Seigworth 2010: 7) suele ser suplantada por su figuración como un modelo exhausto, limitado e inapropiado para los tiempos que corren: “invocamos un nuevo materialismo como respuesta a una sensación de que el radicalismo de los discursos dominantes que florecieron bajo el giro cultural está, más o menos, agotado” (Coole, Frost 2010: 6). Este diagnóstico conlleva un pronóstico. A medida que “el apogeo de la crítica posmoderna ha pasado” (Wissinger 2007: 231, aparece la necesidad de desarrollar “modelos alternativos a los discursos constructivistas” (Grosz 2004: 3). Como es de esperar, ese modelo alternativo es el nuevo materialismo y/o el giro afectivo.

Las limitaciones del giro lingüístico son caracterizadas como un mal general de la teoría contemporánea así como una dificultad que se acentúa en ciertas aproximaciones específicas como la teoría feminista y la teoría *queer*. Si bien autoras como Hird, Grosz, Wilson y Clough reconocen excepciones (Haraway, por ejemplo), en sus textos el feminismo hegemónico es figurado como hostil no al cuerpo en general sino al “cuerpo biológico” (Wilson 2015: 3). Este *antibiologismo*<sup>13</sup> o *biofobia*<sup>14</sup> de los estudios de género se manifiesta en tres dimensiones: a) una falta de interés por cuestiones fisiológicas; b) una mala comprensión del estatus de la materia; c) un desdén por aquellas disciplinas interesadas en el cuerpo biológico. Con respecto al primer punto, autoras como Noela Davis o Elizabeth Wilson se sorprenden, por ejemplo, de que el feminismo no preste atención a aspectos corporales como la boca o el estómago en sus estudios sobre la anorexia, o a aspectos bioquímicos en sus estudios sobre la diferencia sexual.<sup>15</sup> Esta falta de interés se debe a que “la mayor parte de las investigaciones feministas sobre el cuerpo se han apoyado en los métodos del construccionismo social que exploran cómo las ataduras culturales, sociales, simbólicas o lingüísticas gobiernan y dan forma a los tipos de cuerpo que tenemos” (Wilson 2015: 3). Incluso cuando la teoría feminista intenta estudiar cuestiones fisiológicas, en vez de analizar los datos que nos ofrece las ciencias naturales, se trabaja con “narrativas, metáforas, representaciones generizadas” (Wilson 2015: 3) que emergen del conocimiento científico. Esta falta de compromiso con las ciencias naturales junto a la confianza en los métodos construccionistas conducen a una mala comprensión de lo que la materia es. En estas narraciones se repite la idea de que el feminismo reinstala una división fuerte entre lo cultural y lo natural y entre el lenguaje y el cuerpo. El feminismo le otorga capacidad de actuar a lo primero mientras que ve a lo segundo como materia pasiva o, con suerte, pasible de cambiar gracias a la acción de la

13. Cfr. *Débat* (2009) Ahmed (2008).

15. Cfr. Davis (2009); Wilson (2004: 8).

cultura o el discurso. Como señala Hird, “las discusiones sobre la materialidad... en varias teorías feministas tienden a estar ancladas en el presupuesto de que la constitución de la materia es inerte, estable, concreta, inalterable y resistente al cambio sociohistórico” (Hird 2004: 224).

El personaje que representa el simultáneo interés pero mal comprensión del cuerpo en la teoría feminista es Judith Butler.<sup>16</sup> Según Barad y Davis, por ejemplo, a pesar de que la teoría de Butler no asume una posición ingenua sobre el lenguaje, “es un construccionismo social de todas formas ya que la naturaleza y la biología no están involucradas en la producción performativa de la subjetividad. La noción de Butler de materialización es enteramente una cuestión social” (Davis 2009: 77). En otras palabras, “la teoría de Butler finalmente reinscribe a la materia como un producto pasivo de prácticas discursivas más que como un agente activo que participa en el proceso mismo de materialización” (Barad 2003: 821). Para estas autoras, el construccionismo de Butler reinstala la división clásica entre materia y forma, siendo el cuerpo un elemento pasivo a la espera de una configuración cultural.

Davis también recuerda que, de acuerdo con la teoría butleriana, es imposible conocer el cuerpo más allá de cómo lo representamos por medio del discurso. Efectivamente, en *Cuerpos que importan*, Butler señala que no tenemos acceso a un cuerpo al que no se le ha dado una definición social. El sexo, entendido como la base biológica pura sobre la que se inscribe el género, es “una ficción, quizás una fantasía, instalada retroactivamente como un sitio prelingüístico al que no tenemos acceso directo” (Butler 1993: 5). En lugar de leer esta cita como una crítica a la demarcación entre lo puramente físico y lo puramente social –ya que solo captamos lo físico a partir de un marco teórico histórico y contingente– Davis interpreta que la teoría butleriana posiciona al cuerpo biológico *por fuera* de la cultura y que “hay un muro insuperable que se ha construido entre nosotrxs y el cuerpo físico” (Davis 2009: 78).

El “materialismo fallido” (Dolphin, van der Tuin 2012: online) de Butler reproduciría los mismos problemas del construccionismo social y del giro lingüístico: le otorga poder y agencia al discurso (u otras producciones humanas) y le niega capacidad de auto-transformación a la materia misma. A pesar de criticar el humanismo y anunciar la muerte del sujeto, al darle “demasiado poder al lenguaje” (Barad 2003: 801), el giro lingüístico tiene el “efecto no intencionado de recentrar al sujeto humano como el *locus* de la agencia” (Coole, Frost 2010: 26).

Hay un último punto en la lectura que se hace del construccionismo y el giro lingüístico que me gustaría resaltar: su asociación al idealismo. Coole y Frost, por ejemplo, sostienen que el construccionismo se limitó a estudiar los aspectos culturales de la materia ya que tienen “una alergia a ‘lo real’” (Coole, Frost 2010: 6). Según esta lectura, en las aproximaciones textualistas “la realidad material es rechazada por ser un fundacionalismo insidioso” (Coole, Frost 2010: 6). Como consecuencia, la teoría construccionista no logra involucrarse con “formas más empíricas de investigación que son requeridas por los procesos y estructuras materiales” (Coole, Frost 2010: 6). De modo similar, Wilson hace un llamado a que la teoría de género comience a tomar en serio la evidencia empírica, especialmente aquella que proviene de disciplinas científicas como la genética, la neurología, la farmacología y la biología evolucionista (la asociación de lo empírico a las ciencias naturales y no al estudio de casos sociales es notable y preocupante). En ambas lecturas, la solución al idealismo radica en la recuperación de los datos otorgados por las investigaciones empíricas de las ciencias duras. Como vimos en la sección anterior, en muchos de estos relatos circula una confianza en que las disciplinas científicas permitan entender la capacidad agéntica y la potencia auto-generativa de la materia de un modo mucho más adecuado que cualquier construccionismo.

16. En otras narraciones sobre el nuevo materialismo y el giro afectivo Butler sí es recuperada como una pensadora válida de la materialidad. Cfr. Wissinger (2007); Cfr. Sedgwick (2003).



Wilson va un paso más lejos y resalta lo que, a su entender, yace en el corazón del antibiologismo feminista: “la teoría feminista a menudo trata a la biología como una amenaza” ya que “[l]os datos biológicos son vistos como algo que pone en riesgo nuestro progreso político y conceptual” (Wilson 2015: 33). La autora cree que el antibiologismo cumplió una función autorizante y legitimadora en los estudios de género: les permitió tener algo que aportar a la discusión sobre el cuerpo que, además, se ajustaba a las metas políticas feministas. Mientras que “el feminismo se acredita a sí mismo a través del rechazo a lo biológico” (Wilson 2015: 4), los usos no paranoicos de los datos científicos son vistos como hostiles a la crítica al patriarcado. Sedgwick y Frank también consideran que el desdén por la base biológica suele estar relacionado al deseo de “hacer justicia a la diferencia... la contingencia, la fuerza performativa y la posibilidad de cambio” (Sedgwick, Frank 2003: 93), como si la biología no pudiera remitir a un ámbito contingente y mutable. En vez de ver a las ciencias duras únicamente como un campo de reproducción y fortalecimiento de estereotipos de género –una de las tareas de exhibición que llevó adelante la filosofía de la ciencia feminista durante varias décadas– es hora de recuperar lo que los datos empíricos tienen para contribuir al pensamiento sobre el género y la sexualidad.

#### IV. Cuestionando las narraciones de origen

En la sección anterior, se presentaron una serie de fragmentos que aparecen en introducciones, capítulos o artículos que dan cuenta de la emergencia del nuevo materialismo y del giro afectivo como una respuesta a las limitaciones del giro lingüístico y el construccionismo social. En este apartado, se busca problematizar una serie de vicios narrativos y problemas conceptuales que se repiten en varios de estos relatos. Por vicio narrativo entiendo un uso cuestionable y apresurado de ciertos recursos retóricos con el fin de consolidar la historia del pasado reciente que se elige contar. Los vicios narrativos que me interesa resaltar se relacionan con las dos estrategias textuales que Hemmings ya había identificado en las historias sobre el pasado reciente feminista: las políticas de las citas y la constitución de tonos afectivos. Por problemas conceptuales entiendo un uso incorrecto o simplista de ciertas nociones que circulan en estos relatos. En particular, me centraré en cómo estas narraciones invocan las ideas de “construcción social” y de “lo real”.

En primer elemento cuestionable de estos relatos es la sorprendente falta de citas. En las introducciones a las primeras compilaciones sobre el giro afectivo y el nuevo materialismo, se arma un adversario teórico general sin dar nombres y apellidos y sin citar partes de libros. Las que sí suelen aparecer nombradas son las excepciones (Donna Haraway, Fausto-Sterling, Michel Foucault) pero a la hora de construir narrativamente el antagonista teórico, la generalidad y ausencia de citas es la rutina. Esta misma falta de precisión reaparece cuando se utilizan como sinónimo los rótulos “giro lingüístico”, “giro semiótico”, “giro cultural”, “construccionismo social”, etc.

Ahora bien, lo que encuentro incluso más problemático es que a estas corrientes adversarias se le suelen sumar epítetos vinculados al exceso (como cuando se habla del *radicalismo*<sup>17</sup> del giro cultural o cuando se postula un antibiologismo *feroz*<sup>18</sup> en la teoría feminista). Otra estrategia es asociar el antagonista disciplinar a un reduccionismo (como cuando se dice que se trata de aproximaciones *estrictamente* construccionistas o se habla de un interés *exclusivo* por las representaciones discursivas).<sup>19</sup> Tanto la radicalidad como el reduccionismo del giro lingüístico se explican por el privilegio que este se lo otorga a cómo los seres humanos representamos la materia e interactuamos con ella. Hay dos cuestiones vinculadas a este punto que me resultan notables. En primer lugar, que para refutar este supuesto reduccionismo, estos relatos presentan una imagen reduccionista de las teorías atacadas. Como señala Hemmings, esto obedece a la estructura narrativa utilizada:

17. Cfr. Coole, Frost (2010: 6).

18. Cfr. Wilson (2004: 13).

19. Cfr. Wissinger (2007: 231).

Una narrativa que postula un corte contemporáneo crucial... está particularmente interesada en leer generalidades en vez de complejidades... estas narrativas van en contra de una lectura crítica cuidadosa, tienden a ser despectivas y celebran 'lo nuevo' como incontaminado por lo que sea que se esté trascendiendo (Hemmings 2005: 555).

¿Quiénes son estxs construccionistas radicales que piensan que el lenguaje tiene el poder de determinar el mundo material? ¿Quiénes son lxs culturalistas que piensan que la materia es una dimensión pasiva e inerte, solo transformable en virtud de nuestras representaciones? Como no se nombran personajes concretos, quien lee tiene que llenar ese vacío con lo que sea que se le venga a la mente. Esto no hace sino profundizar la caricaturización de las perspectivas construccionistas y no contribuye a una lectura sofisticada de lo que el giro lingüístico significó para la teoría social y las humanidades. En segundo lugar, es notable que para defender la necesidad de superar la dicotomía materia-lenguaje, cuerpo-mente o naturaleza-cultura, estas narrativas necesiten contar una historia fuertemente dualista. Según esta historia, hasta ahora, lo que dominó fue el estudio de una de las patas de la dicotomía en detrimento de la otra. Mientras el giro lingüístico se encierra en la prisión del lenguaje, las nuevas corrientes son aquellas capaces de trascender el dualismo cartesiano.

La ausencia de citas y de nombres concretos es más que una falta de precisión. La figuración de un adversario pernicioso y la exageración de los males del pasado sirven para justificar el surgimiento y razón de ser de aquello que se le opone. A pesar de que, por momentos, se intenta rescatar ciertos aciertos del pasado, creo que esto cumple una función más accesoria y políticamente correcta que un verdadero compromiso crítico con las teorías atacadas. En este punto coincido con Ahmed cuando afirma que este tipo de relato de origen necesita crear un afuera, un límite, una prohibición que sea fundante de estas nuevas comunidades intelectuales.<sup>20</sup>

20. Cfr. Ahmed (2008: 31).

Esto nos permite avanzar al segundo tema que me interesa resaltar: el tono afectivo que se gesta en estas narraciones. Como vimos, en muchos de los relatos sobre el surgimiento del giro afectivo y el nuevo materialismo, éstos aparecen como una respuesta y promesa de superación de las limitaciones de las aproximaciones textualistas. Esta retórica de quiebre, de ruptura y de superación necesita la figura de un antagonista que, por más errado que haya estado, tiene o tuvo un gran poder. Así, las nuevas corrientes se presentan no solo como una alternativa conceptualmente superior sino también con tintes heroicos y subversivos.

Otra forma de sentar el tono afectivo de estos relatos es presentar al giro lingüístico como un modelo agotado, anacrónico, un resabio del pasado. Este agotamiento obedece a dos motivos: sus problemas teóricos (i.e. no entender la materia por derecho propio) y su incapacidad de dar cuenta de los cambios sociales que estamos viviendo en el nuevo milenio. En la introducción a *New Materialisms* se afirma:

Compartimos el sentimiento actual, entre varios investigadores, de que la orientación constructivista dominante en los análisis sociales es inadecuada para pensar la materia, la materialidad y la política de forma tal que haga justicia al contexto contemporáneo de biopolítica y economía política global (Coole, Frost 2010: 6).

Las figuras del agotamiento, del anacronismo y de la obsolescencia van de la mano con la presentación de las nuevas tendencias como algo "nuevo" o como un "giro".<sup>21</sup> Lo controvertible es que la calificación del giro lingüístico como un anacronismo jamás es presentada como un argumento. Es decir, no se trata del resultado de una investigación sino su punto de partida. Esta demarcación temporal –el anacronismo

21. Si bien la idea de "giro" no necesariamente remite a una idea de superación, cuando se lo vincula a la corrección de los males del pasado, adquiere un tono progresivo.

de ellos versus nuestra actualidad— se gesta empleando expresiones vagas como “sensación común”, “sentimiento actual” o afirmando que se trata de una impresión generalizada. A mi entender, el problema es que no se reconoce que se está creando aquello que se dice meramente registrar. Según estos relatos, habría un acuerdo tácito y extendido en las humanidades y las ciencias sociales (i.e. el giro lingüístico está agotado) que estas nuevas tendencias —especialmente el nuevo materialismo— solamente recupera y al que responde. Lo que quisiera sugerir, en cambio, es que la obsolescencia del giro lingüístico es más el resultado de un acto performativo de constitución de un afuera que una descripción objetiva de un estado de cosas. En estos relatos, tanto el “nosotrxs” (adecuadx a sus tiempos) como el “ellxs” (anacrónico y exhaustx) se construyen no por medio de argumentos ni a partir de citas concretas sino que es el resultado de la movilización de gestos retóricos. Como vimos, las historias nunca son inocentes: el uso del pasado obedece a intereses presentes. En este sentido, habría una política temporal en estos relatos que funciona construyendo un pasado que es necesario superar y que sirve para justificar la novedad que sus propias perspectivas tienen para ofrecer en el presente y el futuro. Esta política temporal progresiva se logra menos con razonamientos y análisis de citas que con la constitución de un tono afectivo basado en figuras como el agotamiento, el cansancio, la urgencia de novedad, la disputa contrahegemónica y el deseo de transgresión.

Además de estos vicios narrativos, en estos relatos también aparecen errores conceptuales, especialmente cuando caracterizan las dificultades teóricas de sus rivales. Ahora bien, es importante aclarar que no es mi meta, por lo menos en este artículo, demostrar que la teoría feminista y *queer* sí ha estudiado la materia de forma adecuada.<sup>22</sup> Creo que es igual de apresurado sostener que el feminismo hegemónico malinterpretó la dimensión material que afirmar que no lo hizo. Más bien, me interesa detenerme en algunas ideas que suelen estar asociadas al giro lingüístico y las teorías construccionistas que son confusas y no aportan en absoluto a la comprensión de los análisis sociales del cuerpo. Para desentrañar estas confusiones, y para evitar las generalizaciones, partiré de una de las pocas autoras que es criticada con nombre y apellido en las historias de origen que vengo analizando: Judith Butler. Como vimos, en relatos como los de Davis y Barad, Butler representa el simultáneo interés feminista por investigar la materia y su mala interpretación. La teoría performativa de género butleriana solo se avoca a estudiar cómo los seres humanos le damos sentido al cuerpo dentro de cierta matriz cultural. De esto se seguirían dos problemas: por un lado, al sostener que no podemos acceder a un cuerpo no interpretado, Butler posiciona al cuerpo físico por fuera de lo social, restaurando una división estricta entre cultura y biología; por otro lado, la transformación que sufre el cuerpo siempre depende de la acción del lenguaje, la cultura o el poder; la materia, así, es considerada como una masa inerte a la espera de una configuración que proviene de un ámbito externo a ella. Creo que el señalamiento de estos problemas revela un error de lectura de la obra butleriana. En primer lugar, y como ya se adelantó, no queda para nada claro que en la filosofía de Butler haya dos universos ontológicamente distintos: el cuerpo físico y el cuerpo cultural. De hecho, toda su crítica a la distinción sexo/género apunta a no trazar este tipo de contraposiciones.<sup>23</sup> Según Davis, Butler deja por fuera del discurso al cuerpo físico. Pero Butler jamás afirma que el cuerpo físico quede fuera del discurso: a lo que no tenemos acceso es al cuerpo libre de significados. El cuerpo físico *ya es* un cuerpo mediado por una interpretación (por ejemplo, del discurso biológico). El problema, de hecho, es más epistémico que ontológico: es imposible poner entre paréntesis nuestras creencias para conocer el cuerpo libre de significados. Estos significados no dependen únicamente de nuestras representaciones culturales sino también de los modos en que las disciplinas científicas piensan lo biológico. Lo que encuentro preocupante, por lo menos en la lectura Davis, es que se homologue el cuerpo libre de significado al cuerpo físico, como si lo físico no estuviera mediado por una interpretación (por lo menos, científica). Algo similar

22. Para este tipo de análisis, véase Ahmed (2008) y Hemmings (2005).

23. Cfr. Butler (1993: 1-2)

ocurría cuando Hird le achacaba al feminismo el ocuparse únicamente de cómo los seres humanos interactuamos con la materia en lugar de estudiarla por derecho propio. ¿Es posible estudiar la materia sin incluir nuestra interacción con ella (y entre las interacciones incluyo la percepción)? ¿Es necesario independizar al cuerpo físico de sus significados para poder restituir su agencia, dinamismo y capacidad de auto-organización? ¿O es una manera de volver a meter por la ventana el dualismo que se pretende sacar por la puerta? Creo que todo el punto de la obra de Butler es advertirnos sobre el carácter cargado de nuestras observaciones, incluso de nuestras observaciones sobre lo físico. De nuevo, lo imposible no es acceder al cuerpo físico, lo imposible es acceder a un cuerpo físico *no interpretado*. Esta imposibilidad no es un problema inherente a las ciencias sociales sino a cualquier disciplina científica.

Ahora bien, sostener que no podemos conocer el cuerpo libre de significados no equivale a afirmar la pasividad de la materia ni conduce a un determinismo discursivo que le otorga “demasiado poder” (Barad 2003: 801) al lenguaje. Que el cuerpo adquiera significados dentro de una matriz normativa y discursiva, no significa que el lenguaje *crea* el cuerpo como si la teoría performativa fuera una *abracadabras* que logra dar vida a todo lo que nombra. Como manifiesta la misma Butler, “sostener que el discurso es formativo no es sostener que origina, causa o compone exhaustivamente aquello que concede” (Butler 1993: 10).<sup>24</sup> Esto es así porque enunciar no equivale a crear o, por lo menos, nos fuerza a explicitar qué entendemos por “creación”. Por ejemplo, sostener que el modo en que construimos nuestra identidad sexual –como personas gays, bisexuales, heterosexuales, etc.– depende de las normas sociales no significa ni que la cultura determine nuestra sexualidad ni que por medio de la palabra se la pueda crear a voluntad. Como demuestra el fracaso sostenido de las falsas clínicas destinadas a convertir personas gays en heterosexuales, la sexualidad no es una mera cuestión de convencimiento lingüístico. Vale la pena recordar que la teoría performativa de Butler no versa sobre actos singulares de enunciación sino sobre “el poder reiterativo del discurso de producir los fenómenos que regula y constriñe” (Butler 1993: 2).

Tampoco es correcto afirmar que Butler sostenga una visión determinista de la sexualidad que avale la idea de que somos marionetas en manos de la cultura. Las normas moldean nuestras conductas pero no las determinan, hay guiones que no elegimos y que utilizamos para dar sentido y forma a nuestras vidas pero también hay posibilidad de repetirlos con cierta diferencia. Decir que el género es producido performativamente implica que a la hora de dar forma a las identidades de género, citamos, en gran medida, normas, ideales, valores y estilos que preceden y exceden nuestra voluntad. Pero esto no significa que el poder de inscripción de estas normas sea completo; más bien, éstas fracasan constantemente: “la norma no consigue determinarnos completamente” (Butler 1993: 121). Uno de los grandes aportes de la filosofía de Butler radica en demostrar que a pesar de que no podamos poner entre paréntesis nuestras adscripciones sociales para actuar, sí podemos desplazar y resignificar lo heredado.

A diferencia de quienes aseveran que *todo* es discurso en la obra de Butler, su noción de repetición con diferencia permite entender aquello que “escapa o excede la norma... aquello que no puede ser completamente definido o fijado por la labor repetitiva de la norma” (Butler 1993: 10). Por eso, no creo que tenga sentido hacer una defensa de los afectos como un ámbito de lo impredecible frente a las emociones que, por ser codificaciones sociales, sí son anticipables. Por lo menos en la teoría butleriana, y en quienes seguimos su filosofía, lo culturalmente producido no está determinado por las normas previas sino que está abierto a repeticiones con diferencia cuyo resultado no puede ser conocido de antemano. En este sentido, no es necesario atribuir determinismo al plano social para defender el carácter libre y flotante de los afectos. En todo caso, habrá que analizar cuándo las categorías de cambio, contingencia y

24. Más adelante, Butler también reconoce que reducir la materialidad a la psique o hacer de la psique la cosa monística desde la cual lo material es producido o derivado es un error y una “forma insostenible de idealismo” (Butler 1993: 66).

espontaneidad se aplican a ciertos procesos y cuándo, en cambio, es conveniente adoptar el vocabulario de la estabilidad, la sedimentación y lo esperable. Pero esto no depende de una división ontológica y *a priori* entre lo material y lo discursivo, o entre el afecto y la emoción. Más bien, debería ser el resultado de la investigación y no el punto de partida por cierta ubicación en una cartografía ontológica dual. La objeción –válida, por cierto– del nuevo materialismo y el giro afectivo según la cual lo contingente, mutable y dinámico no debe quedar solo del lado de lo humanamente producido no tiene por qué cargar al construccionismo del determinismo que se le niega a la materia y los afectos.

Un último punto que quisiera remarcar es que tampoco hace falta volver a establecer una división entre un realismo materialista y un idealismo lingüístico. Asociar el construccionismo a una “alergia a lo real” parece restaurar la vieja pregunta: “¿X es real o construido?”. Siguiendo esta línea, creo que son útiles algunos de los comentarios de Ian Hacking en *The Social Construction of What?* Allí, el autor plantea que el titubeo entre si algo es real o es construido es erróneo no solo por cómo entiende la construcción sino fundamentalmente por cómo entiende lo *real*. Ante esto, él recuerda que Hilary Putnam advertía sobre el error filosófico común de suponer que la ‘realidad’ debe referirse a una cosa singular en lugar de investigar las formas en que constantemente renegociamos nuestra noción de realidad a medida que nuestro lenguaje y vida se desarrollan.<sup>25</sup> Marcar una división entre lo real y lo construido asume no solo que lo construido no tiene realidad sino que la realidad es independiente de nuestra interacción como seres humanos. Quizás no todo elemento del mundo físico interactúa con los seres humanos (como afirma Hacking, los objetos quarks no son construcciones sociales de la misma forma que la idea de quark lo es).<sup>26</sup> Pero decir que no todo se origina de la interacción humana no equivale a decir que lo construido no es real. De hecho, las discusiones más interesantes sobre el construccionismo apuntan a fenómenos en los que sí hay interacción humana. Un ejemplo que ofrece Hacking es el de la discusión médica sobre si la esquizofrenia es real o construida.<sup>27</sup> ¿Existió la esquizofrenia antes que sea acuñado el término en 1908? ¿Es la esquizofrenia una enfermedad real o el producto del convencimiento por parte un grupo de médicos? El punto es entender que se trata de un fenómeno *real y construido*: no surge por un acto de magia verbal de un grupo de científicos pero su modo de ser, expresarse y evolucionar tampoco es independiente de cómo se le fue dando sentido a lo largo del tiempo. Quizás, el desafío es no buscar delimitar claramente cuál es la causa del fenómeno –¿está determinado por un desequilibrio químico o por el poder de la institución médica?– como si fueran opciones excluyentes. Tampoco hace falta discriminar dónde empieza lo físico y dónde, la agencia humana. Como afirmaba Sara Ahmed, esta división es más una actividad retrospectiva que un hecho en sí. Tal vez, el punto es evitar el lenguaje causal y las divisiones claras y discretas cuando se trata de fenómenos en los que se entrecruzan los planos biológicos y culturales. En lugar de patricular las fronteras, quizás sea necesario lidiar con lo que Ahmed, siguiendo a Haraway, denomina el “tráfico” entre los pares oposicionales: “seguir el tráfico significa abandonar los objetos propios, incluyendo objetos disciplinares: biología, cultura, lo social, etc... Lo que cuenta como biología y materialidad en las ciencias es, después de todo, objeto de debate y disputa” (Ahmed 2008: 35). En esta misma línea, Fausto-Sterling asegura que el desafío es entender que “los cambios que ocurren a lo largo del ciclo vital suceden como parte de un sistema biocultural en el que las células y la cultura se construyen mutuamente uno a otro” (Fausto-Sterling 2000: 242). Ante la pregunta sobre qué elemento –los genes o el ambiente– determina el cuerpo, la autora remarca que solo el ensamble tiene tal poder.

25. Cfr. Hacking (1999: 101).

26. Cfr. Hacking (1999: 30).

27. Cfr. Hacking (1999: 101).

Para finalizar, creo que vale la pena discutir la asociación que se hace en estos relatos entre la “alergia a lo real” y el supuesto menosprecio por lo empírico en el giro lingüístico. Cuando Coole y Frost mencionan esta alergia, inmediatamente celebran las

investigaciones de las ciencias duras que sí se comprometen con el análisis empírico. Esto es controvertible no solo porque desconoce la investigación empírica de las ciencias sociales sino, fundamentalmente, porque vuelve a indicar que el construccionismo conduce al plano de las ideas y las ciencias naturales nos anclan en lo real. Lo que quisiera sugerir es que, en realidad, se trata de dos discursos diferentes sobre la realidad (algunos estudiarán la realidad bioquímica de las hormonas sexuales, otros estudiarán la realidad normativa y sus efectos en los cuerpos). Sostener que el género es performativo, por ejemplo, *es hacer una afirmación sobre lo empírico*. En todo caso, si el tema es determinar qué noción del cuerpo es preferible para los fines de la teoría crítica –el cuerpo del construccionismo o el cuerpo de la física cuántica– es menester entender que se trata de una disputa que se da en el plano de las representaciones. Las ciencias naturales no nos acercan a la realidad del cuerpo mientras que el construccionismo nos aleja; en todo caso, las primeras nos permiten comprender dimensiones de lo físico que pueden estar menos presentes en los estudios sociales por una cuestión de método y especificidad disciplinar. Los datos empíricos –como afirma gran parte de la filosofía feminista de la ciencia<sup>28</sup>– no son “lo real” si esto significa lo opuesto a lo construido. Los datos son recogidos, observados y elegidos sobre la base de presupuestos de fondo (que pueden incluir, y muchas veces lo hacen, valores científicos pero también contextuales) y en el marco de modelos teóricos que habilitan su selección. De modo similar a Ahmed, Butler remarca:

28. Cfr. Solana (2014).

Debe ser posible conceder y aceptar un despliegue de “materialidades” que pertenecen al cuerpo, aquello que es representado por los dominios de la biología, anatomía, fisiología, composición hormonal y química, enfermedad, edad, peso, metabolismo, vida y muerte. Nada de esto puede ser negado... [Pero] El hecho de que cada una de estas categorías tiene una historia y una historicidad..., que relaciones discursivas y políticas producen jerarquías y yuxtaposiciones entre ellas y desafían esas fronteras, implica que éstas son regiones *tanto* persistentes como disputables (Butler 1993: 66-67).

El punto, creo, es comprender que tanto las ciencias naturales como la teoría de género son discursos sobre la realidad del cuerpo, interesados por fenómenos empíricos que incluyen no solo objetos materiales sino también conceptos, metáforas y narrativas. Esto no significa que haya que adoptar un vocabulario causal o determinista entre las ideas y los objetos, o viceversa. Nuevamente, quizás la tarea sea crear un marco teórico adecuado para admitir las confusiones e imbricaciones en lugar de seguir postulando nuevas divisiones. Coole y Frost, de hecho, sostienen que la tarea del nuevo materialismo es “crear nuevos conceptos e imágenes de la naturaleza que afirmen la vitalidad inmanente de la materia” (Coole, Frost 2010: 8). Lo que quisiera sostener es que, en esta disputa sobre qué imágenes y conceptos utilizamos, las ciencias naturales son contendientes válidos *pero no necesariamente privilegiados* frente a otros discursos sobre la materia. En todo caso, si preferimos las ciencias naturales esto debería ser porque producen imágenes más interesantes de la materia y no por su poder de curarnos la alergia a lo real. Introducir referencias a “lo real” de la mano de las ciencias naturales, especialmente cuando se lo opone a la supuesta “artificialidad” de las construcciones, creo que confunde más que clarifica lo que las ciencias naturales y el giro lingüístico son.

## V. Conclusiones

En este trabajo se hizo un análisis de distintos relatos que vinculan el surgimiento del giro afectivo y el nuevo materialismo a la insuficiencia y obsolescencia del giro lingüístico y el construccionismo social. Se intentó demostrar que el tipo de relato rupturista y progresivo que se suele presentar en introducciones, reseñas o capítulos

de libros dedicados a justificar una nueva forma de estudiar la materia y los afectos, tiende a desplegar una serie de vicios narrativos y problemas conceptuales que merecen ser revisados. Los vicios narrativos analizados apuntan a una falta de precisión en las citas, a una homogeneización y simplificación de la teoría adversa y a una política afectivo-temporal de construcción de unx otrx como resabio del pasado. Los problemas conceptuales estuvieron vinculados a una lectura problemática de la idea de construcción social y de determinismo lingüístico así como a una caracterización controvertible de lo que “lo real” significa.

A esta altura quisiera aclarar que este trabajo no intenta desmerecer los logros y aportes teóricos de los textos enmarcados en el nuevo materialismo y el giro afectivo. De hecho, cuando unx lee muchas de las autoras aquí mencionadas –Wilson, Grosz, Coole, Frost, Clough, Barad, etc.– comienza a notar que la falta de sofisticación a la hora de caracterizar a sus antagonistas choca con la complejidad de sus propios argumentos sobre la materialidad y los afectos. Creo que es admirable el interés del nuevo materialismo y el giro afectivo por crear nuevas imágenes del cuerpo y coincido en que ciertas figuras provenientes de las ciencias naturales pueden ser útiles para esos fines. Lo que cuestiono es que justifiquen su proceder construyendo un muñeco de paja al cual atacar y dejar atrás.

Si bien no coincido con el diagnóstico general sobre el antibiologismo o biofobia feminista y *queer*, sí creo que el llamado a involucrarse con las ciencias naturales merece ser oído. Esto no implica que los estudios de género hayan entendido mal la materia, como parecen suponer algunas narraciones que estuvimos analizando. Más bien, creo que hace falta trabajar por una mayor capacidad de colaboración y trabajo interdisciplinar a la hora de entender el cuerpo, su funcionamiento, su inserción en el mundo y los sentidos de adopta. A pesar de que las ciencias naturales han sido, muchas veces, funcionales a la dominación heteropatriarcal –y la filosofía de la ciencia feminista ha demostrado esto con éxito– también es cierto que no toda apelación a la biología, la anatomía y la genética es necesariamente esencialista o determinista. Quizás sea interesante releer la clásica consigna feminista “la biología no es destino” como una forma de allanar el camino para adoptar imágenes de lo biológico, incluso provenientes de las ciencias naturales, que no se comprometan con ninguna idea de destino predeterminado. De hecho, los trabajos de Wilson, Grosz y Fausto-Sterling que retoman aportes de la neurociencia, la evolución darwiniana y las ciencias biológicas, respectivamente, dan cuenta de que hay formas de hacer ciencia que lejos de minar pueden contribuir a los fines del feminismo y los movimientos *queer*.<sup>29</sup>

29. Cfr. Wilson (2004); Wilson (2015); Grosz (2004); Fausto-Sterling (2000).

Si queremos alcanzar algún tipo de alianza entre las perspectivas más focalizadas en las prácticas culturales y aquellas que recuperan los aportes científicos, tenemos que poder aceptar que ni apelar a la biología es necesariamente reificante ni utilizar la noción de construcción social conduce a un idealismo o a un determinismo discursivo. Esta alianza necesita otro tipo de relato sobre el pasado (y el futuro) de nuestras disciplinas que el que estuvimos analizado en este artículo. Un relato, tal vez, donde haya menos heroínas transgresoras, menos caricaturas vacías y más espacios de interlocución y de reconocimiento de las deudas con el pasado.

## Bibliografía

- » Ahmed, S., & Schmitz, S. (2014). Affect/Emotion: Orientation Matters: A Conversation Between Sigrid Schmitz and Sara Ahmed. *Freiburger Zeitschrift für Geschlechter Studien*, 20 (2), 97-108.
- » Ahmed, S. (2008). Open Forum Imaginary Prohibitions: Some Preliminary Remarks on the Founding Gestures of the 'New Materialism'. *European Journal of Women's Studies*, 15 (1), 23-39.
- » Barad, K. (2003). Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28 (3), 801-831.
- » Brennan, T. (2004). *The Transmission of Affect*. Ithaca: Cornell University Press.
- » Butler, J. (1993). *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of Sex*. Londres y Nueva York: Routledge.
- » Clough, P. (2007). Introduction. En Clough, P., & Halley, J. (Eds.). *The Affective Turn: Theorizing the Social* (pp. 1-33). Durham: Duke University Press.
- » Coole, D., & Frost, S. (2010). Introducing the New Materialisms. En Coole, D., & Frost, S. (Eds.). *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics* (pp. 1-43). Durham: Duke University Press.
- » Cvetkovich, A. (2012). *Depression: A Public Feeling*. Durham: Duke University Press.
- » Davis, N. (2009). New Materialism and Feminism's Anti-Biologism: A Response to Sara Ahmed. *European Journal of Women's Studies*, 16 (1), 67-80.
- » Dolphijn, R., & van der Tuin, I. (2012). The Transversality of New Materialism. En Dolphijn, R., & van der Tuin, I. (Eds.). *New Materialism: Interviews & Cartographies*. Michigan: University of Michigan Library. Disponible en: <https://quod.lib.umich.edu/o/ohp/11515701.0001.001/1:5.2/--new-materialism-interviews-cartographies?rgn=div2;view=toc>
- » Fausto-Sterling, A. (2000). *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*. Nueva York: Basic Books.
- » Gregg, M., & Seigworth, G. J. (2010). An Inventory of Shimmers. En Gregg, M., & Seigworth, G. J. (Eds.). *The Affect Theory Reader* (pp.1-25). Durham: Duke University Press.
- » Grosz, E. (2004). *The Nick of Time: Politics, Evolution and the Untimely*. Durham: Duke University Press.
- » Hacking, I. (1999). *The Social Construction of What?* Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- » Hemmings, C. (2011). *Why Stories Matter: The Political Grammar of Feminist Theory*. Durham y Londres: Duke University Press.
- » Hemmings, C. (2005). Invoking Affects: Cultural Theory and the Ontological Turn. *Cultural Studies*, 19 (5), 548-567.
- » Hird, M. (2004). Feminist Matters: New Materialist Considerations of Sexual Difference. *Feminist Theory*, 5 (2), 223-32.
- » Koivunen, A. (2010). An Affective Turn? Reimagining the Subject of Feminist



- Theory. En Liljeström, M., & Paasonen, S. (Eds). *Working with Affect in Feminist Readings: Disturbing Differences* (pp. 8-27). Londres: Routledge.
- » Macón, C., & Solana, M. (2015). Introducción. En Macón, C., y Solana, M. (Comps.). *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (pp. 11-37). Buenos Aires: Título.
  - » Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University Press.
  - » Pile, S. (2010). Emotions and Affect in Recent Human Geography. *Transactions*, 35, 5-20.
  - » Probyn, E. (2005). *Blush: Faces of Shame*. Minneapolis: Minnesota University Press.
  - » Sedgwick, E. K. (2003). Introduction. En Sedgwick, E. K. *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity* (pp. 1-26). Durham: Duke University Press.
  - » Sedgwick, E. K., & Frank, A. (2003). Shame in the Cybernetic Fold: Reading Silvan Tomkins. En Sedgwick, E. K. *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity* (pp. 93-122). Durham: Duke University Press.
  - » Solana, M. (2014). El problema de la objetividad científica en la filosofía feminista de la ciencia. En Martini, M. (Ed.). *Dilemas de la ciencia: perspectivas metacientíficas contemporáneas* (pp.134-154). Buenos Aires: Editorial Biblos.
  - » Wilson, E. (2004). *Psychosomatic: Feminism and the Neurological Body*. Durham: Duke University Press.
  - » Wilson, E. (2015). *Gut Feminism*. Durham: Duke University Press.
  - » Wissinger, E. (2007). Always on Display: Affective Production in the Modeling Industry. En Clough, P., & Halley, J. (Eds). *The Affective Turn: Theorizing the Social* (pp.231-260). Durham: Duke University Press.

